



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año V | Número 18 | Agosto 2024

Fraternidad e instituciones: cuando la realidad es superior a la idea

Enrique Del Percio

enriquedelpercio@yahoo.com.ar

Las instituciones: malestar y necesidad

Las instituciones suelen provocar malestar. En parte, ese malestar responde a que toda institución nace con el fin de brindar algún servicio a sus miembros o a terceros, pero, a poco de andar, toda institución tiende a convertirse en un fin en sí misma y, para empeorar las cosas, sus dirigentes sienten que la institución son ellos. Esto vale para el club de barrio, creado para que los chicos hagan deporte y los mayores tengan un lugar de encuentro, hasta que un día, en el partido contra el club del barrio vecino, algunos exclaman: “¡la vida por los colores de nuestro club!”: ya el club pasó a ser más importante que sus socios, mientras dirigentes y jugadores creen que ellos son los legítimos propietarios del club y de sus glorias. Esto vale también para el Estado, la Iglesia, la Universidad, el Centro Cultural, el Colegio de Abogados o la institución que fuere. Entonces, cabe preguntarse: si este es el destino de toda institución: ¿por qué sigue habiendo instituciones? ¿no sería acaso más fácil y liviana la vida sin ellas? ¡Cuántos dolores y angustias se generan en el seno de la familia, la más elemental de las instituciones! ¡Cuántos crímenes, cuántas guerras, se hubieran evitado si no existieran los Estados! ¡Cuántos abusos físicos y espirituales cometidos en Iglesias y escuelas! ¡y qué decir de las cárceles!

Sin embargo, las instituciones son necesarias, entre otras razones, porque el ser humano necesita de las instituciones para salvarse de sus propios instintos. Ante una situación que nos provoca terror nos quedamos paralizados, no podemos ni siquiera pensar (respondiendo a un instinto atávico quizá proveniente de nuestros antepasados los reptiles, que buscaban pasar desapercibidos ante un predador) en lugar de reaccionar adecuadamente huyendo, peleando o buscando alguna otra alternativa, o sea, haciendo exactamente lo contrario de lo motivado por la conducta instintiva. Es la institución bajo la forma de la familia, el clan o la tribu, la que nos permite afrontar el peligro con mayores probabilidades de éxito. Pero, además, la búsqueda sin cortapisas de la satisfacción del más primario de nuestros instintos, del instinto sexual, del cual depende la reproducción de la especie, nos llevaría a no distraer energías en otras actividades, tales como la construcción de vivienda o la elaboración de indumentaria, con lo que la vida sería mucho más breve y difícil... siempre y cuando aquel o aquella hacia quien nos llevase nuestro deseo no quisiera estar con otra persona, en cuyo caso, el impulso erótico devendría muy

fácilmente en impulso tanático, y dedicaríamos la mayor parte de nuestra breve vida a partirle los cráneos a otros, hasta que alguien nos rompa el nuestro. Son las instituciones las que nos ponen a salvo de nuestros propios instintos. Pero, obviamente, las restricciones que imponen generan un profundo malestar, ya que impiden que hagamos lo que nuestros instintos más elementales nos impulsan a realizar. Kautilya, Aristóteles, San Agustín, Hobbes, Gehlen son apenas algunos de tantos pensadores que en los últimos dos mil cuatrocientos años explican así la razón de ser de las instituciones. Cabrían citas harto pertinentes de ellos y de tantos otros y tantas otras, pero me voy a limitar a una de Freud, que de algún modo sintetiza la tesis central de *El malestar en la cultura*, texto imprescindible para abordar en profundidad esta temática:

El resultado final ha de ser el establecimiento de un derecho al que todos (...) hayan contribuido con el sacrificio de sus instintos, y que no deje a ninguno a merced de la fuerza bruta. La libertad individual no es un bien de la cultura, pues era máxima antes de toda cultura, aunque entonces carecía de valor porque el individuo apenas era capaz de defenderla. El desarrollo cultural le impone restricciones, y la justicia exige que nadie escape a ellas. Cuando en una comunidad humana se agita el ímpetu libertario puede tratarse de una rebelión contra alguna injusticia establecida, favoreciendo así un nuevo progreso de la cultura y no dejando, por tanto, de ser compatible con ésta; pero también puede surgir del resto de la personalidad primitiva que aún no ha sido dominado por la cultura, constituyendo entonces el fundamento de una hostilidad contra la misma. Por consiguiente, el anhelo de libertad se dirige contra determinadas formas y exigencias de la cultura, o bien contra ésta en general.

No podemos prescindir de las instituciones, pero tampoco tenemos que aceptarlas como si fueran inmutables. La historia nos muestra que el cambio es posible, pero también nos muestra que no cualquier cambio es posible. Cuando se quiere proponer un cambio, se suele apelar a los sueños: a soñar un mundo donde las instituciones nos permitan hacer lo que queremos brindando un marco propicio para que consigamos todo lo que deseamos. Hace dos siglos advertía Goya que los sueños de la razón producen monstruos, pero se sigue recurriendo a ellos y en su nombre se sigue sacrificando vidas, condenando a grandes sectores a la pobreza y el desamparo, en nombre de ese futuro soñado. Ocurre que esos sueños, esas ideas, suelen ser más atractivas que la realidad. Es que la realidad está hecha de la pesada

y opaca sustancia de la existencia, mientras las ideas pueden ser elaboradas con la etérea y glamorosa sustancia del deseo. Claro que las ideas permiten pensar una realidad mejor y, muchas veces, han podido concretarse; eso es lo que ocurre cuando las ideas tienen en cuenta a la realidad. Otras veces, las ideas llevan a desastres totales: es lo que ocurre cuando quienes quieren plasmarlas sienten que si la realidad no responde a sus ideas, peor para la realidad, e insisten en aplicarlas sin piedad alguna por las víctimas, convocando a los monstruos de la razón.

Están también aquellos que creen tener ideas excelentes pero no hacen absolutamente nada para mejorar la realidad. Todos tenemos a alguien en la familia que ante cualquier problema social, político o económico, dice con plena certeza: “acá lo que hay que hacer...”¹ aunque jamás haya hecho nada útil por la comunidad.

Dicho esto, adelanto la conclusión a la que pretendo llegar con este ensayo: tomar conciencia de nuestra condición fraterna resulta imperativo para poder diseñar las nuevas instituciones que exigen los nuevos tiempos. La fraternidad no es un sentimiento ni tampoco un valor ingenuo, sino que es el realismo más crudo aplicado a la política; sin ella, la libertad deviene una ideología que justifica el egoísmo y la igualdad una ideología que justifica la envidia. A la vez, la fraternidad convoca a la responsabilidad: llaman a la puerta y hay que responder, no podemos quedarnos sentados esperando “que alguien haga algo”, pues quien llama no dejará de hacerlo.

La obsolescencia de nuestras instituciones

En el último medio siglo la humanidad está presenciando el paso de una sociedad de producción a una de consumo, paso que aún no ha sido acompañado por las instituciones: la escuela, el derecho, el Estado, siguen teniendo un formato más acorde a aquella sociedad que a la actual. En efecto, lo que queda de las instituciones aún vigentes responden a una sociedad que ya no existe. Aquella sociedad, conformada por tres grandes revoluciones: la Francesa, la Industrial y la

¹ Como dice el Papa Francisco, cuántas veces “nos entretenemos vanidosos hablando sobre «lo que habría que hacer» —el pecado del «habriaqueísmo»— como maestros espirituales y sabios pastorales que señalan desde afuera. Cultivamos nuestra imaginación sin límites y perdemos contacto con la realidad sufrida de nuestro pueblo fiel *Evangelii Gaudium* #96

de Independencia de América, fue testigo y protagonista de las guerras más masivas de la historia, desde las napoleónicas hasta la de Vietnam, guerras que requerían que todos los varones en algún momento de su vida formen parte de las fuerzas armadas. Fue asimismo una sociedad industrial, en la que los hombres que sobrevivían a las guerras pasaban la mayor parte de su vida en la fábrica. Ejército e industria requerían forjar subjetividades acordes a las necesidades de ese sistema: era sumamente importante obedecer órdenes sin cuestionar, ser capaz de posponer cualquier goce inmediato en pos de un bien arduo de obtener, asumir como valores la lealtad, el esfuerzo e, incluso, el sacrificio, para el logro de un objetivo colectivo y, por sobre todas las cosas, la solidaridad constituía el valor fundamental. En ese marco, no solo la obediencia al sistema se practicaba conforme a esas pautas, sino también la resistencia: los sindicatos y los partidos políticos populares basaban su potencia en la lealtad, el esfuerzo y, sobre todo, la solidaridad entre sus miembros. Cada persona incorporaba estos valores desde su nacimiento en el seno de un hogar cuyo jefe era un varón habituado a acatar la autoridad del sargento y del capataz; por ende, al ser ese el modo de ejercicio de autoridad al que estaba habituado, la replicaba en casa, constituyendo para su familia un sargento o un capataz doméstico.

Este tipo de sociedad cambia radicalmente a partir de la emergencia de nuevas tecnologías, especialmente las informáticas, cuya aplicación a la guerra y a la producción industrial tornó innecesarios tantos soldados y tantos operarios. Las nuevas máquinas adecuadamente programadas posibilitaron aumentos exponenciales de la productividad con prescindencia de mano de obra masiva. Esa superproducción se sostiene a partir de un incremento exponencial del consumo de bienes y servicios de alto valor agregado. En efecto, en el marco de una sociedad de consumo, la familia numerosa es claramente disfuncional pues sus miembros no pueden consumir en gran escala bienes y servicios con alto valor agregado. Lo ideal serán los DINKs o los SINKs². Por eso, cuando nace un chico, especialmente en las clases medias y altas urbanas (que suelen imponer sus pautas culturales al resto de

² Siglas de *Double Income No Kids* y de *Single Income No Kids*: doble ingreso sin hijos o simple ingreso sin hijos. Hizo falta una gran operación cultural para este cambio de estructura familiar, en la que la píldora anticonceptiva fue uno de los factores importantes, pero no el más importante, para lograr que la mujer trabaje afuera del espacio doméstico, generando así otro ingreso dinerario y deje de tener muchos hijos.

la sociedad) es hijo único, nieto único, sobrino único. Toda la familia gira en torno suyo. Tanto se acostumbra a ser el centro de atención desde que nace, que lo que mejor sabe hacer es mirarse a sí mismo. Nuestra sociedad no se ha vuelto narcisista por causa de las redes sociales, sino que, a la inversa, estas existen porque nos hemos vuelto narcisistas, contribuyendo a afianzar una tendencia de la que no es la causa directa. Ese joven narcisista, poco o nada acostumbrado a tratar con los demás, hijo de padres que tampoco tienen vínculos estrechos con sus compañeros de trabajo ni con sus vecinos, que ignora lo que es lidiar con sus hermanos, que sólo se relaciona a través de las redes sociales con quienes piensan y sienten como él, tiene serias dificultades para admitir a otras personas: tiende a querer más a su mascota que a su abuelo. Además, está poco preparado para aceptar la frustración. Cuando un joven ve en sus redes sociales que los demás están alegres, disfrutando en lugares paradisíacos, degustando platos exquisitos, riendo junto a sus parejas, mientras él o ella atraviesan la profunda angustia de no tener el i-Phone de último modelo, siente que la vida es una fiesta a la cual no le invitaron.

Ese consumo conspicuo³, antes privilegio de las clases más altas, ahora debe ser incorporado como un mandato ético (y estético) por todos los estratos sociales. Para esto, es necesario un nuevo tipo de persona, se requiere alguien que asuma el mandato imperativo de disfrutar consumiendo y de consumir constantemente, sin posponer el goce del consumo inmediato, pues la posposición del goce implica posponer el gasto, y el gasto, claro está, es indispensable para aceitar el funcionamiento del mercado. Se requiere un sujeto que huya del esfuerzo y del sacrificio, que piense y busque ante todo su deleite a través de los bienes y servicios que le ofrece la publicidad. Pero lo más importante: el consumo es individual y exige un tipo de individualidad que anteponga la libertad de elección a cualquier otra consideración⁴. Cuando el individualismo hedonista y la libertad de elección sustituyen al esfuerzo y la solidaridad como valores fundantes de la vida en común,

³ Tomo la expresión “consumo conspicuo” para hacer referencia a la adquisición de bienes en función prioritariamente de su marca u otros signos que confieren prestigio y reconocimiento social, para distinguirlo del consumo de las cosas que se adquieren prioritariamente para vivir bien, con independencia de la opinión de los demás. Como suele pasar, el problema es confundir los medios con los fines: el consumo como medio para vivir mejor es algo deseable, no así el consumo como fin en sí mismo, fuente de frustración e infelicidad.

⁴ Para un análisis a la vez claro y exhaustivo de este proceso, cfr. Zygmunt Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 1999

está claro que es necesario repensar las formas de legitimación de las instituciones clásicas, en particular de la ley y del Estado, ya que el individuo no entiende por qué debería aceptar que haya leyes que, desde su perspectiva, coarten su libertad. Menos aún puede aceptar que se le cobren impuestos, ya que por definición “impuesto” es lo que se impone, es contrario a la libertad de elegir qué hago con mi dinero.

En una sociedad vertebrada en función del ejército y de la industria, todas las clases sociales tienen interés en la instrucción (más que en la educación) y en la salud pública, por lo que escuelas y hospitales públicos brindan buenos servicios y la gran mayoría acepta que es legítimo pagar impuestos para proveer salud e instrucción, así como subsidios al transporte para que los estudiantes y trabajadores puedan llegar a la escuela o a la fábrica. Pero cuando lo importante es el consumo, ya no se requiere instrucción (los productos de consumo se elaboran para que cualquiera pueda utilizarlos con la menor capacitación previa) por lo que los estratos medios y altos se desentienden de la formación que reciban los pobres y, como se sabe, una educación para los pobres es una pobre educación. Lo mismo ha de acontecer con la salud: quienes puedan, pagarán su propia medicina privada desentendiéndose de la suerte que corran los que no accedan a esos beneficios, y también ocurre que un sistema de salud para pobres es un pobre sistema de salud. Por lo tanto, los miembros de las clases acomodadas consideran que los impuestos que pagan son una exacción del Estado para favorecer a vagos que no quieren trabajar, al par que los miembros de las clases destinatarias de esa ayuda consideran que el Estado les brinda las sobras, cosas de mala calidad y, además, no les permite la sagrada libertad de elección: deben ir a la escuela o al hospital que el Estado les indica y recibir la educación o la salud que el Estado dispone. Ni unos ni otros ven al Estado como algo digno de ser defendido, sino que, por el contrario, es percibido como una suerte de rémora sin mayor razón de ser.

Quizá el único servicio que unas clases y otras perciben o exigen del Estado (y que constituiría por ende su razón de ser en última instancia) es la seguridad frente al delito violento. Pero acontece que cuando el principal factor para asignar prestigio y status es el consumo, si una sociedad no provee a todos sus integrantes de medios legítimos para consumir, no es difícil que el delito violento sea una alternativa válida

para muchos. El mandato de consumir (se trata de todos los consumos, incluso los que conllevan adicciones problemáticas) no es compatible con el de ir a la escuela o de realizar trabajos arduos. Si en este marco sigue habiendo estado es, en buena medida, porque hay delito, sobre todo delito violento. Mientras haya delito violento habrá necesidad de más policía y, por tanto, el Estado seguirá existiendo⁵ aunque reducido a una mera agencia de seguridad, ya que si dejamos la protección frente al robo exclusivamente en manos privadas no tardaríamos en tener ejércitos privados y, por tanto, estaríamos siempre al borde de caer en la guerra de todos contra todos, como explicó Hobbes.

Nos hallamos, pues, ante la situación de que la crisis de las instituciones conllevó la crisis de las ideologías que las legitimaban. Ya no es posible discernir si una norma es justa o injusta en sí misma. El individualismo exacerbado motiva un creciente escepticismo en torno a la posibilidad de encontrar un fundamento válido a la vida en común.

En no pocos ámbitos políticos, intelectuales o periodísticos, se tiende a pensar que los problemas que atañen a las instituciones democráticas se resolverían atendiendo a los procedimientos empleados para elegir representantes o los modos de establecer las mayorías, como si una buena ley electoral o una correcta reglamentación del funcionamiento de los partidos políticos pudiera resolver el problema crucial de la legitimación de las instancias de regulación de la vida en común. Sin embargo, la extensión de la crisis de las instituciones, que supera y atraviesa todos los sistemas de representación política existentes, nos muestra que no es sensato insistir en buscar soluciones por esos lugares. Quizá el problema radique en el modo de comprensión de la libertad y la igualdad como valores susceptibles de ser comprendidos independientemente de la fraternidad, lo que da

⁵ “Los mecanismos de la economía actual promueven una exacerbación del consumo, pero resulta que el consumismo desenfrenado unido a la inequidad es doblemente dañino del tejido social. Así la inequidad genera tarde o temprano una violencia que las carreras armamentistas no resuelven ni resolverán jamás. Sólo sirven para pretender engañar a los que reclaman mayor seguridad, como si hoy no supiéramos que las armas y la represión violenta, más que aportar soluciones, crean nuevos y peores conflictos. Algunos simplemente se regodean culpando a los pobres y a los países pobres de sus propios males, con indebidas generalizaciones, y pretenden encontrar la solución en una «educación» que los tranquilice y los convierta en seres domesticados e inofensivos. Esto se vuelve todavía más irritante si los excluidos ven crecer ese cáncer social que es la corrupción profundamente arraigada en muchos países —en sus gobiernos, empresarios e instituciones— cualquiera que sea la ideología política de los gobernantes”. (Evangelii Gaudium #59)

lugar a una visión ingenua de la vida en común, dejando de lado al conflicto como constitutivo de la misma.

En las sociedades en las que sus miembros crecían bajo el imperio del padre autoritario, las relaciones “fuertes” eran las verticales, mientras que las horizontales no eran fácilmente perceptibles ni aceptables. En las actuales circunstancias, no es fácil percibir el carácter relacional de nuestra existencia, lo que obviamente complica la percepción de la condición fraterna de nuestra vida en común. Sin embargo, paradójicamente, se entiende que, si hay relaciones, estas son horizontales: no hay prioridad del varón sobre la mujer, del humano sobre el animal, etcétera. Esto favorece la percepción de la condición fraterna, pues la fraternidad nos recuerda que somos todos *fratres*, hermanos, que no existe un Padre dador de la Ley ni una Madre que nos contenga a todos, que no hay relaciones “naturalmente” verticales y, por ende, siempre está presente el riesgo del conflicto, pues las relaciones horizontales tienden a favorecer la lucha por un mismo objeto, tal como suele acontecer en las relaciones entre hermanos. Así como Rómulo mató a Remo antes de fundar Roma, así como el primer pecado del ser humano fuera del Paraíso fue el fratricidio de Caín y Abel, así como los hermanos Ayar combatieron antes de que Ayar Manco fundase el Cuzco, así también el conflicto está siempre presente en toda sociedad. Pero cuando una madre o un padre le dice a sus vástagos pequeños que dejen de pelear pues no parecen hermanos, no está diciendo una tontería, sino que está planteando algo muy profundo. Tan profundo como la enseñanza de Martín Fierro a sus hijos: “los hermanos sean unidos, esa es la ley primera”; es una ley, es decir, no es una propensión natural o espontánea, sino que debe ser impuesta. La fraternidad es una condición, no se puede soslayar ni eludir; la unidad es una ley, debe establecerse.

En síntesis, la fraternidad es el principio ineludible del realismo político: si la olvidamos, podemos pensar a la sociedad como el campo de batalla entre amigos y enemigos en constante lucha hasta que se consiga eliminar al antagonista. Obviamente en ese escenario no es posible pensar en una vida razonablemente buena: no se puede tener un almacén, manejar un taxi o ejercer una profesión en medio del caos, con calles cortadas, paros y movilizaciones constantes. Pero también puede pasar que nos creamos que la sociedad es intrínsecamente armónica

y, por lo tanto, si hay un conflicto ha de ser por culpa de algunos pocos que lo generaron, bastando con la eliminación de esos pocos (el sindicalista, el mapuche, el dirigente social, la feminista, el judío o quien sea) para recuperar el equilibrio y la armonía perdidas.

Claro que quien haya leído la Biblia con atención está exento de caer en esta ingenuidad: además del ya citado ejemplo de Caín y Abel, ahí tenemos al primer esclavo: Cam, puesto al servicio de sus hermanos Sem y Jafet; allí está Jacob estafando a Esaú y salvando su vida huyendo de la venganza fraterna; están los hermanos de José planeando su asesinato, y así encontramos ejemplos en toda la Sagrada Escritura acerca de relaciones fraternas que no parecen muy armónicas⁶. Ocurre que el conflicto es inherente a la vida en común, pero a la vez el anhelo de armonía es lo que permite que la vida en común sea factible. No hay síntesis posible, mas, sin embargo, la unidad sí es posible; claro que la unidad no disuelve ni acaba con el conflicto, pero es superior al conflicto, como reza uno de los cuatro principios para la construcción de un pueblo que enseña el Papa Francisco⁷ y como también nos lo muestran no pocos ejemplos históricos.

En otras palabras, por un lado, una compleja amalgama de factores tecnológicos, culturales, políticos y económicos convergentes motivan la conformación de un nuevo tipo de subjetividad: la del individuo que, a la vez que está hiperconectado, no puede mantener relaciones duraderas ni en el trabajo, ni en la vecindad, ni siquiera dentro del espacio doméstico. Están dadas las condiciones para que se vacíen de todo contenido los conceptos de pueblo, autoridad y fundamento sobre los que se asienta la vida en común. En efecto, se hace difícil que la gente se asuma como parte de un mismo pueblo cuando no interactúa más que superficialmente con sus vecinos o compañeros de trabajo. No es lo mismo trabajar más de ocho horas diarias, cinco días a la semana durante muchos años con los mismos compañeros que trabajar a través de una aplicación. El chico de Rappi o el señor de Uber no tiene compañeros, los clientes o empleadores con quienes interactuar

⁶ Para un análisis exhaustivo del vínculo entre hermanos y hermanas en el texto inicial de la Biblia, ver Luis Alonso Schoekel *¿Dónde está tu hermano? Textos de fraternidad en el Libro del Génesis*. Navarra, Verbo Divino, 1990.

⁷ Cfr. EG # 226 Asumir el conflicto “no es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna”.

cotidianamente. Tampoco es lo mismo residir en el mismo barrio durante toda la vida e, incluso, durante varias generaciones, que vivir en ámbitos donde no se conoce ni el nombre del vecino. A la vez, cuando a una proporción importante de la población le resulta casi imposible acceder a una vivienda digna, a un trabajo gratificante, a que sus esfuerzos rindan frutos, como ocurrió en la época de sus padres o abuelos, en definitiva, cuando no hay modo de crecer, la legitimidad del sistema y de la autoridad que lo rige es puesta en entredicho. Por último, cuando no se entiende qué beneficio trae vivir con los demás, cuando, por el contrario, los demás son de algún modo causa de la propia insatisfacción, se pierde el sentido profundo de la vida en común.

Sin embargo, en torno a 1973 (tiempo testigo de una serie de acontecimientos cruciales, como la crisis del petróleo, el fin de la guerra de Vietnam, el fin del patrón oro, el golpe de Pinochet en Chile, entre tantos otros) o sea, en la misma época en que se originaban todos estos cambios en los ámbitos laborales, bélicos, residenciales y domésticos que llevan al individualismo extremo, se produce también el replanteo del lugar de la humanidad en el marco de la biosfera por el pensamiento ecologista, el feminismo saca a la luz que lo doméstico es político y se profundiza la lucha por el reconocimiento de quienes por razón de su orientación sexual, etnia, creencias, etcétera, no gozan de la plenitud de los derechos ciudadanos⁸. En este marco se plantea la necesidad de pensar seriamente las estrategias para afrontar los desafíos de la relación con la otredad: estas estrategias serán disímiles, pero todas tienen análogo propósito y su denominador común es la actitud de respeto y cuidado a la otredad y a la diferencia, respeto y cuidado hacia uno mismo, hacia los demás y hacia el resto de la casa común, actitud radicalmente opuesta al narcisismo consumista.

Del contrato a la fraternidad

De algún modo, estas distintas corrientes hacen explícita o implícita referencia a la fraternidad. En efecto, la ecología nos recuerda que somos hermanos (*fratres*) del

⁸ Desarrollo esta temática de modo exhaustivo en mi artículo *Fraternidad, igualdad, libertad: instituciones y vida en común después del contrato social* en Rev. Fil. Lat. Y Cs. Soc. Año XLIX (2024) n° 35 p. 12-34 asequible en <https://asociacionfilosofialatinoamericana.wordpress.com/wp-content/uploads/2024/07/revista-de-filosofia-latinoamericana-35-2.pdf>

buey y del asno, del agua y del aire⁹; el feminismo con su crítica al patriarcado (si hay un *pater* no somos todos hermanos; no hay *pater*, ergo, hay fraternidad) nos recuerda la necesaria horizontalidad de las relaciones humanas y, por su parte, la interculturalidad nos recuerda que ninguna cultura puede arrogarse el papel del padre o de la madre “educadores” o “civilizadores” de las otras. En definitiva, nos hablan del carácter fraterno de la vida en común.

El modo en que nos pensamos a nosotros mismos, a la sociedad y al mundo es, a la vez, el modo en que construimos la vida en común. Por eso, el conflicto más importante, “la madre de todas las batallas” está dada por la disputa por la hegemonía de alguna metáfora o de alguna imagen para interpretar el mundo. Todo dependerá de cuál idea predomine: si la que sostiene que existe el individuo pero no la sociedad, la que dice que existe la sociedad pero no el individuo o si, como pensamos varios, consigue preponderar la que -según creemos- mejor expresa la condición real del ser humano: es decir, la que sostiene que somos en relación con nosotros mismos, con los demás y con el resto de la naturaleza.

Si se entiende a la vida en común a partir del individuo, entonces el valor supremo será la *libertad*. En sus formas más extremas se llega a negar la existencia de la sociedad (Margaret Thatcher solía afirmar que sólo existen el individuo y la familia, siendo la sociedad una mera abstracción sin existencia real). En cambio, si se niega la individualidad del sujeto, si se considera (radicalizando la célebre sentencia de Marx) que no existe la conciencia individual, sino que toda conciencia es siempre conciencia social¹⁰, entonces la clave de comprensión y legitimación de toda acción política estará dada por la búsqueda de la *igualdad*, llegando, en las manifestaciones más extremas de esta postura (Stalin, Ceausescu, etc.) a negar los más elementales derechos y garantías individuales pues, en última instancia, lo que se niega es la importancia del individuo. De una postura, se deriva el liberalismo clásico, el neoliberalismo y el libertarismo antiestatal. De la otra, los socialismos y comunismos de diverso calibre. Entre uno y otro de ambos extremos, pero siempre dentro del

⁹ Recordemos que no hay fraternidad sin conflicto: basta con ver *Animal Planet* para advertir que entre los no humanos, no todo es armonía.

¹⁰ “No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia” dice Carlos Marx en su célebre *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política* en 1859

mismo andarivel, se ubican el liberalismo social, el socialcristianismo, la socialdemocracia, etcétera.

Cuando el mundo se vuelve demasiado complejo, las explicaciones simples gozan de mayor popularidad. No son correctas, obvio, pero generan la ilusión de entender qué pasa. Muchas gentes se vuelven fanáticas, negándose a considerar cualquier tipo de análisis que no concuerde con la creencia asumida. Pero si nos decidimos a tratar de entender, si asumimos que situaciones complejas requieren explicaciones complejas y nos atrevemos a pensar desde otro lugar, estaremos en mejores condiciones de entender, de juzgar y de actuar. Si en lugar de pensar en términos excluyentes: “o el individuo o la sociedad”, pensamos en términos relacionales e inclusivos, habremos de concebir al individuo en relación a lo colectivo y viceversa. Vale reiterar que, en este marco de comprensión, el individuo no puede existir si no es en relación consigo mismo, con los demás y con la creación toda. La primacía de la relación sobre la sustancia lleva a pensar la vida en común en términos de fraternidad.

Cabe recordar que la fraternidad es una catacresis¹¹ que plantea que no hay padre ni madre, que las relaciones son en un inicio horizontales y, por ende, conflictivas. En efecto, las relaciones verticales (padre-hijo, jefa-empleada, capitán-sargento, etc.) tienden a disuadir el conflicto, al contrario de lo que ocurre con las horizontales. Por eso, como vimos, tantos mitos y leyendas de distintas latitudes nos hablan del fratricidio o del combate duro entre hermanos antes de fundar la vida en común. Rómulo matando a Remo antes de fundar Roma, Caín a Abel antes de fundar Enoc, la primera ciudad bíblica, los hermanos Ayar peleando y matándose antes de fundar el Cuzco, son algunos ejemplos conocidos¹².

¹¹ Es clave entender que la fraternidad es una *catacresis* (es decir, una palabra que se emplea con un sentido diferente al que le corresponde originariamente, con el fin de nombrar algo que carece de nombre particular) y no una metáfora corriente, pues si la fraternidad fuese una metáfora corriente deberíamos ser hijos de un padre que dicte la ley o de una madre útero que nos contenga, cuando la fraternidad, precisamente, viene a recordarnos que no hay tal padre ni tal madre. Efectúo un desarrollo extenso de esta cuestión en *Ineludible Fraternidad. Poder, conflicto, deseo*. Bs. As., Ciccus, 2014.

¹² Reitero los ejemplos, porque la experiencia me muestra que está tan instalada una versión “buenista” de la fraternidad, que, por más que se explique que la fraternidad no niega el conflicto, sino que lo pone sobre la mesa con toda claridad, sigue pasando que tras una clase o conferencia sobre el tema, aparece alguien diciendo: “sí, todo muy lindo, pero yo no me siento hermano del delincuente que vive cerca de casa” o cosas por el estilo como si “sentirse hermano” fuera necesario para que haya fraternidad o, más aún, que fuera sinónimo de cariño o armonía. Por eso cabe insistir en que la fraternidad no depende de un sentimiento de bondad: así como no elegimos a nuestros hermanos,

La fraternidad es ineludible: no se trata de “hacer un mundo fraterno” sino de *reconocer que somos hermanos y hermanas*¹³. Ahora bien: la fraternidad nos dice que en el inicio está siempre el conflicto, pero también nos dice que no se puede vivir siempre en el conflicto. Cuando la madre le espeta a sus hijos: “¡basta de pelear que no parecen hermanos!” está mostrando otro aspecto de la misma fraternidad: la unidad es superior al conflicto. Una sociedad que vive en permanente lucha intestina, desaparece. Toda ciudad dividida contra sí, será destruida¹⁴. Pero a la vez, la fraternidad nos dice que el conflicto está allí, se quiera o no se quiera, y no hay una síntesis posible en esta tensión: “en el conflicto aparecen la heterogeneidad de los temperamentos, de las situaciones, de los intereses, de los grupos” plantea Michel de Certeau, pues “las diferencias quiebran la uniformidad que busca imponer o disimular el egoísmo del fuerte, el conformismo del débil, o la ideología del utópico. Estas pueden curar la violencia subjetiva de la agresividad, salvar al cristiano de la piadosa mentira que consiste en hacer ‘como si’ se estuviera de acuerdo, y evitar que limite la reconciliación al estrecho ámbito de una reunión sacramental o de un futuro ideal.¹⁵” Pero además de este aspecto negativo o curativo, el conflicto impone una visión menos candorosa y más realista a partir de la cual, en aparente paradoja, puede construirse la paz. Cabe reiterar que si se piensa que puede haber una sociedad libre de conflicto, cuando este se llega a dar, se tenderá a creer que bastaría con detectar a los culpables y eliminarlos, sean estos los inmigrantes, los que piensan distinto, o quien sea, para retornar a la armonía perdida; así, claro está, la paz social jamás será asequible.

La fraternidad nos enfrenta con uno de los mayores desafíos de la vida en común: mientras que un partido de fútbol se juega con reglas establecidas que no pueden ser cambiadas mientras se desarrolla el juego, en la vida social no hay un minuto cero en el que todos los jugadores puedan ponerse de acuerdo. Toda norma es resultado de un conflicto previo; a su vez, una vez establecida, surge el conflicto de

tampoco elegimos al resto de la humanidad presente, pasada o futura pero, a diferencia de lo que pasa en la familia, fuera de casa no hay un padre ni una madre.

¹³ Varias razones aconsejan usar la expresión “fraternidad” para describir la realidad y la expresión “sororidad” para designar una idea regulativa. Entre otras, el hecho de que no se encuentren mitos de hermanas que funden ciudades o culturas tras matar a otra.

¹⁴ Mt. 12,25

¹⁵ De Certeau, M. *El extranjero o la unión en la diferencia*, Buenos Aires, Ágape, 2015, p.58

su interpretación y, por supuesto, de su acatamiento o no. Los más débiles se sienten oprimidos por las normas impuestas por los poderosos, mientras que estos se sienten oprimidos por la existencia misma de las normas ya que desearían vivir en la libertad de la selva. Son quienes no se sienten ni tan seguros de estar arriba ni tan determinados a estar abajo quienes proveen a la estabilidad del sistema jurídico; por ejemplo, en una economía basada en la producción industrial, en condiciones ideales, los trabajadores gozarían de las garantías aportadas por el derecho laboral y la seguridad social experimentando mejoras en la calidad de su vida y el ascenso social propio o de sus hijos, al par que los empresarios se beneficiarían de la seguridad jurídica y la estabilidad imprescindible para el desarrollo de sus negocios así como de la paz social producto del bienestar de los trabajadores. Quizá el quid de toda la filosofía jurídico-política a lo largo de la historia consista en lograr un funcionamiento del sistema tal que esa mayoría capaz de constituir el “sentido común” de una sociedad, entienda las ventajas de respetar las reglas. O, visto desde el otro ángulo, en la capacidad de una sociedad de darse reglas que beneficien a todos sus miembros, sabiendo que siempre tendrán vigencia en un marco dinámico y conflictivo y que quienes detenten mayor poder relativo en un momento determinado tratarán de inclinar la balanza para su lado.

Libertad e igualdad sin fraternidad juegan el mismo juego: el individuo que se cree más fuerte, en condiciones de imponer sus propias reglas, querrá plena libertad, como la del león en la selva. Por su parte, quien le teme a la competencia pero, a la vez, envidia a quien tiene más, querrá la igualdad, imponiendo la voluntad de la multitud sobre el individuo. En el primer caso la libertad se reduce a una primacía del Yo frente a los demás: si “mi libertad termina donde empieza la de los demás”, los demás son un obstáculo a mi libertad. Con la igualdad, aparece el otro, pero no para respetarlo en su mismidad, en su identidad, sino para homogeneizarlo, para impedir que se destaque frente al Yo que clama por la igualdad. En cambio, con la fraternidad irrumpe el tercero: los hermanos se pelean por celos, y los celos, tanto entre los hermanos como en la pareja, se despiertan en razón de alguien más: en razón de un tercero. En el caso de la vida en común, ese tercero es la institución. Si no fuera por las instituciones, las relaciones humanas estarían sujetas a la buena voluntad de unos o a la fuerza de otros.

Veamos un ejemplo sencillo: María contrata a Juan para hacer un trabajo por el que le paga por adelantado, pero Juan no realiza su tarea. Las únicas opciones que tiene María para lograr que Juan cumpla con su compromiso, serían: a) apelar a la buena voluntad de Juan, explicándole los perjuicios que le está acarreado su incumplimiento, o b) apelar a su fuerza, amenazando a Juan con hacerle algún daño a él o a su familia. Pero la situación se modifica si mucha gente de la aldea está al tanto de lo acontecido, en cuyo caso nadie más va a contratar a Juan, además de sancionarlo por otras vías, como retirarle el saludo, dejar de invitarlo a encuentros sociales, etcétera. Esa “gente de la aldea” es la institución en su forma más simple. En sociedades más complejas, hace falta un mayor nivel de precisión normativa, pero la esencia es la misma: en todos los casos es el tercero el que permite la vida en común.

Esto también es válido para analizar el conflicto social: a diferencia del conflicto entre dos partes, como suele darse en otros espacios, en el ámbito social siempre hay un tercero. Puede que un sindicato de docentes acuerde con el Estado un aumento del 20%, pero ese acuerdo entre dos partes al poco tiempo habrá de repercutir en un similar pedido de aumento de los policías. En el ámbito social todo acuerdo puede ser germen de un futuro conflicto, todo arreglo en un ámbito puede generar un desarreglo en otro. Por eso es tan complejo el asunto y, por eso, en los análisis tiende a dejarse de lado la fraternidad, precisamente porque el análisis es el método que busca reducir la complejidad, aunque muchas veces al precio de diseccionar el cuerpo a estudiar cuando aún está vivo... y la fraternidad reintroduce constantemente la vida y la complejidad.

Vale la pena aclarar que la fraternidad no se opone a la libertad ni a la igualdad, sino que las resignifica al introducir la realidad en el marco de la idea: así como los celos son una forma de envidia, pero resignificada, así como la envidia es también una forma de egoísmo; del mismo modo, cuando se reconoce el carácter fraterno de la vida en común, se redimensiona la importancia de la igualdad y de la libertad para que esa vida valga la pena.

Vaya un último ejemplo: si pensamos la ética como una cuestión puramente individual, en el que el tribunal de la propia conciencia es lo único que vale, ¿quién estará mejor posicionado para vencer en la competencia? ¿Creso, el empresario

inescrupuloso, aquel que no tenga problema en decir que su producto destinado al consumo infantil es saludable aunque no lo sea, que no cumple con normas laborales o tributarias y, por tanto, puede vender su mercancía a mejor precio? ¿o Cayo, el honesto que cumple con todas esas reglas y además no hace publicidad falsa o engañosa? Cayo podrá decir que prefiere dormir tranquilo y caminar con la cabeza en alto aunque su empresa se funda y tenga que ganarse el sustento de cualquier otro modo. Pero ¿qué clase de ética es aquella que entiende que está bien que Cayo le deje el campo libre a Creso? ¿Es más importante la conciencia tranquila de Cayo que el daño que le hace Creso a la sociedad?

Si analizamos el ejemplo desde la perspectiva de quien sostiene que sólo existe el individuo, la solución pasará por la autoregulación del mercado, suponiendo que cada consumidor tiene la información suficiente como para decidir adecuadamente, gracias a la labor de los medios masivos y las redes sociales. Puede que algo de esto ocurra, puede que en efecto los consumidores decidan castigar a Creso decidiendo no comprar sus productos, pero ocurre que Creso también juega y, al tener menos escrúpulos, sobornará periodistas, contratará *trolls*, etcétera, poniendo a un sector del público a su favor. Otros, siempre desde esta perspectiva individualista, adjudican el problema a que ya no se dictan materias como ética o moral en las aulas. No parece serio pensar que esas clases tengan igual efecto en Creso que en Cayo, por lo que el resultado más probable es que el dictado de asignaturas deontológicas “puras” solo agraven el problema, ya que serán más atendidas y entendidas por los honestos que por los deshonestos, los amigos de Cayo van a tener aún más motivos para “cumplir con su deber” facilitándole su labor a los amigos de Creso.

Por su parte, los que creen que la conciencia es siempre y solamente conciencia social y nunca individual, dirán que la solución pasa por acabar con el capitalismo y por abolir la propiedad privada. Por cierto, una propuesta que podrá ser muy racional, pero que es muy poco razonable, al menos por ahora. Que me perdonen mis amigos marxistas ortodoxos, pero si empleo este espacio para refutar esas propuestas voy a aburrir a cualquier potencial lector, incluyendo a esos mismos amigos, por lo que prefiero pasar directamente a la propuesta de una ética fraterna.

Si asumimos que nadie se salva solo, que nadie se realiza si no es en una comunidad que se realiza, podremos abordar el problema con realismo. Si Cayo busca, como todo ser humano, estar feliz con lo que hace (no digo ser feliz, porque eso es otra cosa) seguramente no va a copiar las conductas de Creso, pero tampoco va a dejarlo ganar tan fácilmente. Decimos que la fraternidad es un principio realista, lo cual entre otras cosas significa que no es necesario haber leído ni oído nada al respecto, para comprender que somos en relación, por lo que es probable que Cayo, simplemente entendiendo cómo somos las personas, decida unirse a otros empresarios honestos y formar una cámara empresarial que imponga pautas éticas en su ámbito. Si eso no bastara, intervendrá en política para que haya una instancia pública que dicte y haga cumplir las normas que beneficien a la comunidad. Tomemos el ejemplo de los países con mejores índices de desarrollo económico y desarrollo humano del mundo y veremos que, lejos de ser este un planteamiento utópico como los anteriores, basados en la libertad o la igualdad sin fraternidad, el planteo ético que parte del ser en relación¹⁶ es el que brinda mejores resultados concretos, por ser el que mejor responde a la realidad del ser humano.

Conclusiones provisionarias

Ante los ataques, críticas y objeciones que por izquierda y derecha reciben las instituciones, conviene recordar que, más allá del sueño ingenuo de algún anarquista, la vida en común es imposible sin ellas. La tensión entre los fines de cada institución y la realidad, en que la institución tiende a volverse un fin en si misma, no va a tener jamás una síntesis superadora. Quizá sea esa una de nuestras principales tareas: hacernos cargo de la universal e ineludible fraternidad de cada ser humano con el resto de sus contemporáneos, con sus ancestros y sus descendientes, con el resto de la naturaleza. En otras palabras, se trata de trabajar para que las instituciones sean capaces de escuchar con atención el clamor de los pobres y el clamor de la tierra, de asumir sin tapujos sus angustias y tristezas, no para brindar un paliativo sino para ofrecer instrumentos que permitan el pleno y

¹⁶ Corresponde precisar que cuando se habla de relación, siguiendo otra vez a Scannone, cabe distinguir entre cuatro tipos: relación *con*, *hacia*, *entre* y *cara a cara*. La relación *con* y la relación *hacia* constituyen dos modos básicos y necesarios de relación para que haya pueblo, pero si nos quedamos con esos dos modos no habría mayor diferencia con el pueblo en sentido fascista, ya que bien pueden ir todos unos *con* otros, *hacia* donde marca el dedo del Duce. Pero si incorporamos la relación *entre* y la relación *cara a cara*, nace la posibilidad de entender al pueblo y a la nación organizadamente.

libre despliegue de las potencialidades inherentes a cada persona y a cada comunidad para construir un mundo mejor. Se trata en definitiva, de organizar la esperanza, la esperanza radical que brota de la profunda convicción de que nadie se realiza si no es en una comunidad que se realiza.